



EL PADRE HABLA A SUS HIJOS



MENSAJE DE DIOS PADRE A LA
MADRE EUGENIA RAVASIO

1° FASCÍCULO

FIESTA DE LA PRECIOSA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

1 DE JULIO DE 1932

¡He aquí finalmente el día desde por siempre bendito de la Promesa del Padre Celestial! Hoy llegan a su fin los largos días de preparación, y siento cercana, muy cercana la llegada de mi Padre y Padre de todos los hombres.

Algunos minutos de oración, y luego el gozo espiritual... La sed de verle y oírle invade mi ser. Mi corazón, ardiente de amor, se abrió con una confianza tan grande como no la había tenido en nadie hasta ahora. Pensar en mi Padre me hizo entrar en un arrebató de júbilo.

¡Finalmente empiezan a oírse los cánticos!

Los ángeles vienen y me anuncian esta feliz llegada... Sus cánticos eran tan bellos que me propuse escribirlos en cuanto pudiera.

Esta armonía cesó por un momento, y he aquí la corte de los elegidos, querubines y serafines, con Dios, nuestro Creador y nuestro Padre.

Postrada, rostro en tierra, hundida en el abismo de mi nada, recité el 'Magnificat'.

Enseguida, el Padre me pidió que me sentara a Su lado para escribir lo que Él había decidido decir a los hombres. Entonces, toda la corte que lo había acompañado desapareció. El Padre se quedó solo conmigo y, antes de sentarse, me dijo:

¡Te lo he dicho ya y te lo repito: no puedo entregar por segunda vez a mi Hijo predilecto para demostrarles a los hombres mi amor! Pero ahora, para amarlos y para que conozcan este amor, Yo mismo vengo a ellos, tomando su aspecto y su pobreza. Mira, ¡pongo en el suelo mi corona y toda mi gloria, para tomar la apariencia de un hombre común!

Después de haber tomado la apariencia de un hombre común, poniendo a sus pies su corona y su gloria, tomó el globo terráqueo, apoyándolo contra su corazón con la mano izquierda. Entonces se sentó a mi lado.

Son pocas las palabras que puedo decir sobre su llegada, sobre los gestos que se dignó hacer y sobre su amor. En mi ignorancia, no encuentro palabras para expresar lo que me hizo entender.

¡Paz y salvación para esta casa y para el mundo entero! ¡Que mi poder, mi amor y mi Espíritu Santo toquen los corazones de los hombres, para que la humanidad entera se encamine hacia la salvación y regrese a su Padre, que la busca para amarla y salvarla!

Que mi Vicario Pío XI comprenda que éstos son días de salvación y bendición. Que no deje pasar la ocasión de dirigir la atención de los hijos hacia su Padre, que viene en medio de ellos para hacerles el bien en esta vida y prepararles la dicha eterna.

He escogido este día para iniciar mi Obra entre los hombres, porque es la Fiesta de la Preciosa Sangre de mi Hijo Jesús. Tengo la intención de bañar en esta Sangre la Obra que he venido a iniciar, para que produzca grandes frutos en la humanidad entera.

He aquí el verdadero propósito de mi venida:

- 1) Vengo para desterrar el temor excesivo que mis criaturas tienen de mí, y para hacerles comprender que mi alegría está en ser conocido y amado por mis hijos; es decir, por toda la humanidad presente y futura.
- 2) Vengo para traer la esperanza a los hombres y a las naciones. ¡Cuántos la han perdido desde hace mucho tiempo! Esta esperanza les permitirá vivir en paz y seguridad, trabajando por su salvación.
- 3) Vengo para darme a conocer tal como soy; para que la confianza de los hombres crezca simultáneamente con su amor por mí, su Padre, cuya única preocupación es la de velar sobre todos los hombres y amarlos como hijos.

El pintor se deleita contemplando el cuadro que pintó. Así mismo yo me complazco y me alegro al estar en medio de los hombres, obra maestra de mi creación.

¡El tiempo apremia! Desearía que los hombres sepan cuanto antes que los amo y que Mi mayor felicidad consiste en estar y hablar con ellos, como un Padre con sus hijos.

Yo soy el Eterno, y cuando vivía solo ya había resuelto desplegar toda mi Omnipotencia para crear seres a mi imagen.



Pero antes fue necesaria la creación de un mundo material, para que estos seres pudiesen encontrar en él su sustento: entonces fue la creación del mundo. Lo llené con todo lo que sabía que los hombres necesitarían: el aire, el sol, la lluvia y tantas otras cosas que yo sabía que eran imprescindibles para sus vidas.

Finalmente, la creación del hombre... ¡Me complací en mi obra! Luego el hombre cometió el pecado, pero precisamente entonces se manifiesta mi infinita bondad.

Para vivir entre los hombres que yo mismo había creado, escogí en el Antiguo Testamento a los profetas, a quienes comunicaba mis deseos, mis penas y mis alegrías, para que ellos las transmitieran a todos.

Cuanto más crecía el mal, tanto más mi bondad me apremiaba a comunicarme a las almas justas, para que ellas transmitiesen mis instrucciones a los causantes del desorden. Así, a veces tuve que usar la severidad para reprenderlos; no para castigarlos, porque eso sólo habría provocado más daño. De esta manera, quería apartarlos del vicio y traerlos de vuelta a su Padre y Creador, a quien ingratamente habían olvidado e ignorado. Posteriormente, el mal creció tanto en el corazón de los hombres que me vi forzado a enviar desgracias sobre el mundo, para que el hombre fuese purificado por medio del sufrimiento, la destrucción de sus bienes o hasta la pérdida de su vida. Así ocurrió el diluvio, la destrucción de Sodoma y de Gomorra, las guerras del hombre contra el hombre, y así sucesivamente.

Siempre he querido permanecer en este mundo entre los hombres. Y así, durante el diluvio estuve junto a Noé, el único justo en aquel entonces. También durante las otras calamidades, encontraba siempre a un justo en el cual podía morar y, a través de él, permanecer en medio de los hombres de ese tiempo. ¡Así fue siempre!

Debido a mi infinita bondad para con la humanidad, el mundo fue purificado de su corrupción en muchas ocasiones. Luego seguía escogiendo almas en las cuales me complacía, para que, por medio de ellas, pudiera deleitarme en mis criaturas, los hombres.

Le prometí al mundo el Mesías. ¿Qué no hice para preparar su venida? ¡Incluso me manifesté en las figuras que lo representaban aun miles de años antes de su venida!

Pero, ¿quién es este Mesías? ¿De dónde viene? ¿Qué hará en la tierra? ¿A quién viene a representar?

El Mesías es Dios.



¿Quién es Dios? Dios es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

¿De dónde viene, o, mejor dicho, quién lo envió en medio de los hombres? Yo, su Padre, Dios.

¿A quién representará en la Tierra? A su Padre, Dios.

¿Qué hará en la tierra? Hará conocer y enseñará a amar al Padre, Dios. ¿No dijo acaso?:

“¿No sabíais que debo estar en las cosas de mi Padre?” (Lc 2,49)

“He venido sólo para hacer la Voluntad de mi Padre” (cf. Jn 6,38)

“Todo lo que le pidáis al Padre en mi Nombre, Él os lo concederá” (Jn 16,23)

“Vosotros, en cambio, orad así: ‘Padre nuestro que estás en el cielo’...” (Mt 6,9)?

Y más adelante, puesto que vino para glorificar al Padre y darlo a conocer a los hombres, Él dijo:

“El que me ve a mí, ve a mi Padre” (Jn 14,9)

“Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí” (cf. Jn 14,10)

“Nadie va al Padre si no es por mí” (Jn 14,6)

“El que está conmigo, está también con mi Padre” (cf. Jn 17), etc., etc...

Concluid, oh hombres, que desde toda la eternidad he tenido un solo deseo: darme a conocer a los hombres y ser amado por ellos. ¡Deseo permanecer incesantemente junto a ellos!

¿Queréis una prueba auténtica de este deseo que acabo de expresar? ¿Por qué ordené a Moisés que construyera el Tabernáculo y el Arca de la Alianza, si no es porque tenía el ardiente deseo de venir a morar con mis criaturas, los hombres, como un Padre, un hermano y un amigo de confianza?

Sin embargo, me olvidaron y me ofendieron con incontables faltas. Pero para que, a pesar de todo, se acordaran de Dios, su Padre, y de su único deseo de salvarlos, le di a Moisés mis Mandamientos, para que, al guardarlos, pudiesen recordar al Padre infinitamente bueno, que sólo se preocupa por su salvación presente y eterna.

Pero todo esto volvió a caer en el olvido, y los hombres cayeron en el error y en el temor, considerando que cansaba mucho el observar los Mandamientos tal como yo se los había transmitido a Moisés. Entonces se crearon otras leyes, que iban de acuerdo a sus vicios, para poder cumplirlas más fácilmente.



Poco a poco, con el temor excesivo que tenían de mí, me olvidaron cada vez más y me llenaron de ultrajes. Sin embargo, mi amor por estos hombres, mis hijos, no se detuvo jamás.

Cuando constaté que ni los patriarcas, ni los profetas habían podido darme a conocer y hacerme amar entre los hombres, decidí venir Yo mismo.

Pero, ¿cómo hacer para encontrarme en medio de los hombres? No había otro medio que el de ir yo mismo en la Segunda Persona de mi Divinidad.

¿Me reconocerán los hombres? ¿Me escucharán?

Para mí nada del futuro estaba escondido; así que a estas dos preguntas me respondí Yo mismo: “Aun estando cerca de mí, ignorarán mi presencia. En mi Hijo me maltratarán, a pesar de todo el bien que les hará. En mi Hijo me calumniarán y me crucificarán para matarme”.

Pero, ¿me detendré por esto? ¡No, mi amor por mis hijos, los hombres, es demasiado grande! No me rendí. Reconoced, pues, que os he amado, por así decir, más que a mi Hijo predilecto; o, mejor aún, más que a mí mismo.

Lo que acabo de deciros es tan cierto que, si hubiera bastado con sacrificar a una sola de mis criaturas para expiar los pecados de los otros hombres, por medio de una vida y muerte semejante a la de mi Hijo, hubiera titubeado. ¿Por qué? Porque habría traicionado mi amor, haciendo sufrir a una criatura que amo, en lugar de sufrir yo mismo en mi Hijo. ¡Nunca hubiese querido hacer sufrir de esta manera a mis hijos!

Ésta es, entonces, en breve, la historia de mi amor hasta mi venida en medio de los hombres a través de mi Hijo.

La mayor parte de los hombres conoce todos estos hechos, pero ignoran lo esencial; es decir, ¡que es el amor el que condujo a todo esto!

Sí, es el amor, y es esto lo que quiero recalcaros en este relato que acabáis de leer. Ahora este amor está olvidado. Quiero recordároslo para que aprendáis a conocerme tal como soy. No debéis estar atemorizados como esclavos, ante un Padre que os ama hasta este punto.

Mirad, en este relato hemos llegado apenas al primer día del primer siglo, y quisiera conducirlo hasta nuestros días: al siglo XX.



¡Oh, mi amor de Padre ha sido olvidado por los hombres! Sin embargo, ¡yo os amo tan tiernamente! En mi Hijo –es decir, en la Persona de mi Hijo hecho hombre–, ¿qué no he hecho aún? La divinidad se veló en la humanidad: se hizo pequeña, pobre y humillada. Con mi Hijo Jesús, llevé una vida de sacrificio y de trabajo. Acogí sus oraciones, para que el hombre tenga un camino trazado que le permita andar siempre en la justicia, a fin de llegar a salvo a mí.

¡Ciertamente puedo comprender bien la debilidad de mis hijos! Por eso le pedí a mi Hijo que les concediese los medios para levantarse después de sus caídas. Estos medios les ayudarán a purificarse de sus pecados, para que vuelvan a ser los hijos de mi amor. Estos medios son principalmente los siete sacramentos, y, sobre todo, el gran medio para salvaros a pesar de vuestras caídas es el Crucifijo. Es la Sangre de mi Hijo, que a cada instante se derrama sobre vosotros, ya sea a través del sacramento de la penitencia o en el Santo Sacrificio de la Misa, siempre y cuando vosotros queráis recibirlo.

Mis queridos hijos, desde hace ya veinte siglos os he colmado de estos bienes con gracias especiales, ¡pero el resultado es mínimo!

¡Cuántas criaturas mías, que por medio de mi Hijo se habían convertido en hijos de mi amor, rápidamente volvieron a precipitarse al abismo eterno! En verdad no habían conocido mi infinita bondad. ¡Yo os amo tanto! [Ésta es la expresión preferida de Sor Eugenia, que se repite frecuentemente.]

¡Oh, al menos vosotros, que sabéis que vengo en Persona para hablaros y daros a conocer mi amor, por piedad de vosotros mismos, no os lancéis al precipicio! ¡Yo soy vuestro Padre!

¿Sería posible que, después de haberme llamado “Padre” y haberme demostrado vuestro amor, encontréis en mí un corazón tan duro e insensible como para dejaros perecer? ¡No, no creáis eso! ¡Yo soy el mejor de los padres! ¡Conozco las debilidades de mis criaturas! ¡Venid, venid a mí con confianza y amor! Y si os arrepentís, yo os perdonaré.

Aunque vuestros pecados fuesen repugnantes como el fango, vuestra confianza y vuestro amor me los harán olvidar, a tal punto que no seréis juzgados. Es verdad que soy justo, ¡pero el amor lo paga todo!

Escuchad, hijos míos: hagamos una suposición para que estéis seguros de mi amor. Para mí, vuestros pecados son como el hierro y vuestros actos de amor como el oro.



Si me entregarais mil kilos de hierro, sería menos para mí que si me donarais diez kilos de oro. Esto significa que, con un poco de amor, se pagan enormes iniquidades.

Ésta es sólo una imagen deficiente de mi juicio sobre mis hijos, los hombres; que incluye a todos, sin excepción. Entonces, ¡sólo tenéis que venir a mí! ¡Yo estoy tan cerca de vosotros! Sólo tenéis que amarme y honrarme, para que no seáis juzgados; o, a lo sumo, os juzgaría con un amor infinitamente misericordioso.

¡No lo dudéis! Si mi Corazón no fuera así, ya habría exterminado el mundo con cada pecado que se hubiera cometido. En cambio, vosotros sois testigos de que en cada instante se manifiesta mi protección, mediante gracias y bendiciones. De ello podéis concluir que existe un Padre sobre todos los padres, que os ama y que jamás cesará de amaros, siempre y cuando lo queráis.

VENGO A VOSOTROS POR DOS CAMINOS: LA CRUZ Y LA EUCARISTÍA.

La Cruz es mi camino para descender hacia mis hijos, porque fue por medio de ella que os redimí a través de mi Hijo. Para vosotros, la Cruz es el camino para ascender hacia mi Hijo, y desde mi Hijo hasta mí. Sin ella nunca podríais llegar, porque con el pecado el hombre ha atraído sobre sí mismo el castigo de la separación de Dios.

A través de la Eucaristía, yo habito entre vosotros como un padre en su familia. Quise que mi Hijo instituya la Eucaristía para hacer de cada Tabernáculo el depósito de mis gracias, mis riquezas y de mi amor; para entregárselos a los hombres, mis hijos. A través de estos dos caminos, sigo haciendo descender incesantemente mi poder y mi infinita misericordia.

Ahora que os he mostrado que mi Hijo Jesús me representa entre los hombres, y que, a través de Él, yo permanezco incesantemente entre ellos, quiero mostraros también cómo vengo a vosotros por medio de mi Espíritu Santo.

La obra de esta Tercera Persona de mi divinidad se realiza sin bullicio, y a menudo el hombre no la percibe. Pero para mí es una manera muy apropiada de permanecer, no solo en el Tabernáculo, sino también en el alma de todos aquellos que están en estado de gracia, para establecer allí mi trono y morar siempre ahí, como un verdadero Padre que ama, protege y asiste a su hijo. ¡Nadie puede imaginar la alegría que experimento cuando estoy a solas con un alma!



Nadie ha podido comprender aún los infinitos deseos de mi Corazón de Padre, de ser conocido, amado y honrado por todos los hombres, tanto justos como pecadores. Son estos tres tributos los que deseo recibir de parte del hombre, para poder ser siempre misericordioso y bueno, incluso con los más grandes pecadores.

¿Qué no he hecho por mi Pueblo, desde Adán hasta José, el padre adoptivo de Jesús, y desde José hasta el día de hoy, para que el hombre me rinda el culto especial que me corresponde, como Padre, Creador y Salvador! Sin embargo, todavía no me ha sido dado este culto especial que tanto he deseado y sigo deseando.

En el Éxodo podéis leer que hay que honrar a Dios con un culto especial. Especialmente los salmos de David contienen esta misma enseñanza. En los Mandamientos que yo mismo di a Moisés, puse en primer lugar: “Amarás y adorarás a un solo Dios y no tendrás otros dioses fuera de Él”.

Pues bien, amar y honrar a una persona son dos cosas que van juntas. Dado que os he colmado de tantos bienes, debería ser también especialmente honrado por vosotros. Al daros la vida, he querido crearos a mi imagen y semejanza. Por tanto, vuestro corazón es sensible como el mío, y el mío como el vuestro.

¿Qué no haríais si alguien cercano os hiciera un pequeño favor para complaceros? Incluso el hombre más insensible guardaría hacia esta persona un reconocimiento inolvidable. Por lo general, toda persona buscaría lo que más le complacería [a aquella otra que le hizo el favor], para recompensarla por el servicio prestado. Pues bien, yo estaría aún mucho más agradecido con vosotros si me rindierais este pequeño servicio de honrarme como os lo pido: os aseguraría la vida eterna.

Reconozco que vosotros me honráis a través de mi Hijo, y que hay algunos que saben elevar todo hacia mí por medio de mi Hijo; pero son pocos, muy pocos. Sin embargo, no creáis que, al honrar a mi Hijo, no me honraseis también a mí. ¡Claro que me honráis, porque yo vivo en mi Hijo! Por tanto, todo lo que es para gloria suya lo es también para gloria mía.

Pero yo quisiera ver al hombre honrando a su Padre y Creador con un culto especial. Cuanto más me honréis a mí, más honraréis también a mi Hijo, dado que fue por mi Voluntad que Él se hizo Verbo encarnado y vino en medio de vosotros, para daros a conocer a Aquel que lo envió.

Si me conocierais, me amaríais y amaríais también a mi Hijo predilecto más de lo que lo hacéis ahora.



¡Mirad cuántas criaturas mías, que se habían convertido en hijos míos por el misterio de la Redención, no se encuentran ya en las praderas que yo he establecido para todos los hombres a través de mi Hijo! ¡Mirad cuántos otros –y vosotros lo sabéis bien– siguen ignorando la existencia de estos prados! ¡Y cuántas otras criaturas surgidas de mis manos no conocen ni siquiera la mano que las ha creado! Vosotros no las conocéis, pero yo las conozco a todas.

¡Oh, cuánto quisiera darme a conocer como el Padre Todopoderoso que soy para vosotros también a todos aquellos que reciben mis beneficios! A través de mi Ley, quisiera hacerles vivir una vida más dulce. Quisiera que fuerais donde ellos en mi Nombre y les hablarais de mí. Sí, decidles que tienen un Padre que, después de haberlos creado, quiere darles los tesoros que Él posee. Sobre todo, decidles que pienso en ellos, que los amo y que quiero darles la felicidad eterna. ¡Oh! Os lo prometo: los hombres se convertirán más rápidamente.

Creedme, si desde la Iglesia primitiva hubierais comenzado a honrarme con un culto especial, después de veinte siglos transcurridos habrían quedado muy pocos hombres viviendo en la idolatría, en el paganismo y en tantas sectas falsas y malvadas, por las cuales el hombre se precipita con ojos cerrados en los abismos del fuego eterno. ¡Mirad cuánto trabajo queda por hacer!

¡MI HORA HA LLEGADO! Es necesario que sea conocido, amado y honrado por los hombres, para que, después de haberlos creado, pueda yo ser su Padre, luego su Salvador y finalmente la causa de su felicidad eterna.

Hasta aquí, os he hablado de cosas que ya sabíais. He querido recordáros las para que estéis cada vez más convencidos de que soy un Padre muy bueno, y no aquel Padre terrible por el que aún me tenéis. Yo soy el Padre de todos los hombres que ahora viven y de todos los que crearé hasta el fin del mundo.

Sabed también que quiero ser conocido, amado y, sobre todo, honrado. Todos han de reconocer mi infinita bondad; una bondad que se dirige a todos, pero especialmente a los pecadores, a los enfermos, a los moribundos y a todos los que sufren. Ellos han de saber que no tengo otro deseo más que el de amarlos, colmarlos de mis gracias, perdonarles cuando se arrepientan, y, sobre todo, no juzgarlos con mi justicia sino con mi misericordia, para que todos se salven y sean contados en el número de mis elegidos.

Para concluir este relato, **OS HAGO UNA PROMESA** cuya vigencia será para siempre. Es ésta: Llamadme con el nombre de “**PADRE**” con confianza y amor, y recibiréis



todo de este Padre, con amor y misericordia.

Que mi hijo, tu padre espiritual, se esmere por mi gloria, y revise frase por frase todo lo que te he hecho escribir y también lo que aún te haré escribir, para que a los hombres les resulte fácil y agradable leer este mensaje de lo que quiero hacerles saber, sin ninguna añadidura.

Cada día te hablaré un poco sobre mis deseos en relación con los hombres, sobre mis alegrías y mis penas; y, sobre todo, mostraré a los hombres mis infinitas bondades y la ternura de mi amor compasivo.

También quisiera que tus superiores te permitan emplear tus momentos libres para conversar conmigo, y que puedas dedicar media hora al día para consolarme y amarme, para así lograr que los corazones de los hombres, mis hijos, estén bien dispuestos a trabajar en la difusión de este culto, cuya forma vengo a revelaros, y para que lleguéis a tener una gran confianza en este Padre, que quiere ser amado por sus hijos.

Para que esta obra que quiero llevar a cabo entre los hombres se extienda lo más pronto posible en todas las naciones, sin que cometan la menor imprudencia los que estén a cargo de su difusión, te pido pasar tus jornadas en gran recogimiento. Serás feliz hablando poco con las criaturas, y en lo secreto de tu corazón, aun estando en medio de ellas, tú me hablarás y me escucharás.

Además, quiero que hagas lo siguiente: cuando a veces te hable personalmente a ti, tú escribirás mis confidencias en un pequeño cuaderno especial. Pero aquí pretendo hablar a los hombres en general: yo vivo con ellos en una intimidad aun más profunda que una madre con sus hijos.

Desde la creación del hombre, ni un solo instante he dejado de estar cerca de él. Como su Creador y Padre, siento la necesidad de amarlo. No es que yo lo necesite, pero mi amor de Padre y Creador me hace sentir la necesidad de amar al hombre. Entonces, yo vivo cerca del hombre, lo sigo a todas partes, le asisto en todo, le proveo todo. Yo veo sus necesidades, sus penas, todos sus deseos; y mi mayor felicidad está en ayudarlo y salvarlo.

Los hombres creen que yo soy ese Dios terrible que precipita a toda la humanidad al infierno. ¡Cuánto se sorprenderán al final de los tiempos, cuando vean a tantas almas que creían perdidas, gozando de la felicidad eterna en medio de los elegidos.

Quisiera que todas mis criaturas estén convencidas de que hay un Padre que vela sobre ellas, y que quiere concederles ya aquí en la tierra un anticipo de la felicidad eterna.

Una madre jamás olvida a la pequeña criatura que ha dado a luz. ¿No es aún más hermoso de mi parte que yo recuerde a todas las criaturas que he enviado al mundo? Ahora bien, si una madre ama a este pequeño ser que le he dado, yo lo amo aún más que ella, porque yo lo he creado. Aun si a veces sucediera que una madre ame menos a su hijo por algún defecto que éste tenga, yo, por el contrario, lo amaría aún más. Aunque ella lo olvidase o pensase en él solo ocasionalmente, sobre todo cuando su edad lo ha retirado del cuidado materno, yo no lo olvidaré jamás. Yo lo amo siempre; y, aunque él ya no se acuerde de mí, su Padre y su Creador, yo seguiré recordándolo y amándolo.

Ya os he dicho anteriormente que quisiera concederos –y ya aquí en la tierra– la dicha eterna; pero vosotros no habéis comprendido esta palabra. He aquí su significado:

Si me amáis y me llamáis confiadamente con el dulce nombre de “Padre”, comenzaréis a experimentar ya aquí en la tierra el amor y la confianza que os harán felices en la eternidad y que cantaréis en el cielo en compañía de los elegidos. ¿No es esto como una anticipación de la dicha del cielo, que durará eternamente?

Por tanto, deseo que el hombre recuerde frecuentemente que yo estoy ahí donde él está; que no podría vivir si yo no estuviera junto a él, vivo como él. A pesar de su incredulidad, jamás dejo de estar con él.

¡Oh, cuánto deseo ver que se realice el plan que vengo a comunicaros! Hasta hoy, el hombre apenas ha pensado en hacerle a Dios, su Padre, este favor del cual ahora hablaré:

Quisiera que surja una gran confianza entre el hombre y su Padre del cielo, un verdadero espíritu de familiaridad y delicadeza al mismo tiempo, para que mi gran bondad no sea abusada. Conozco vuestras necesidades, vuestros deseos y todo lo que hay en vosotros. Pero ¡cuán feliz y agradecido estaría al veros venir a mí, confiándome vuestras necesidades, así como lo hace un niño que tiene plena confianza en su padre! ¿Cómo podría negaros algo, sea de mínima o de gran importancia, si me lo pidierais? Aunque no me veáis, ¿no me sentís acaso muy cerca de vosotros, por los acontecimientos que suceden en vosotros y a vuestro alrededor? ¡Qué meritorio será un día para vosotros haber creído en mí sin haberme visto!

Incluso ahora, que estoy aquí en Persona en medio de todos vosotros, hablándoos y repitiándoos incesantemente y de tantas formas que os amo y que quiero ser conocido, amado y honrado con un culto especial, vosotros no me veis; a excepción de una sola persona: aquella a la que dicto este mensaje. ¡Una sola en toda la humanidad! Sin embargo, aquí estoy, hablándoos, y, a través de aquella a quien veo y a quien hablo, os veo a todos, os hablo a todos y a cada uno de vosotros, y os amo como si estuvierais viéndome.

Deseo, entonces, que los hombres me conozcan y sientan que estoy cerca de cada uno de ellos. Recordad, oh hombres, que yo quiero ser la esperanza de la humanidad. ¿No lo soy ya? Si yo no sería la esperanza de la humanidad, el hombre estaría perdido. Pero es necesario que sea conocido como tal, para que la paz, la confianza y el amor entren en el corazón de los hombres y surja así una relación viva con su Padre, el Dios del cielo y de la tierra.

No creáis que yo soy ese terrible anciano al cual los hombres representan en sus imágenes y en sus libros. ¡No! ¡No! yo no soy ni más joven ni más viejo que mi Hijo y mi Espíritu Santo. Es por ello que deseo que todos, desde el niño hasta el anciano, me llamen con el nombre familiar de “Padre”, “amigo” y “hermano”, ya que estoy siempre con vosotros y me hago semejante a vosotros, para haceros semejantes a mí.

¡Cuán grande sería mi alegría al ver a los padres enseñando a sus hijos a llamarme frecuentemente con el nombre de “Padre”, lo que realmente soy! ¡Cómo me gustaría ver que se siembre en esas pequeñas almas una confianza y un amor filial hacia mí! Yo he hecho todo por vosotros. ¿No haríais esto por mí?

Me gustaría establecerme en cada familia como en mi dominio, para que todos puedan decir con toda seguridad: “Tenemos un Padre que es infinitamente bueno, inmensamente rico y enormemente misericordioso. Él piensa en nosotros, está cerca de nosotros; Él nos ama, nos mira, nos sostiene. Él nos dará todo lo que nos falte, si se lo pedimos. Todas sus riquezas son nuestras. Tendremos todo cuanto necesitemos.” Yo estoy aquí para que me pidáis lo que necesitéis: “Pedid y se os dará”. En mi bondad paternal os lo daré todo, siempre y cuando me reconozcáis como vuestro verdadero Padre; un Padre que vive en medio de los suyos, tal como realmente lo hago.

Deseo, además, que cada familia coloque a la vista de todos la imagen que posteriormente daré a conocer a mi “pequeña hija”. Para poder honrarme más fácilmente, deseo que cada familia se ponga bajo mi protección especial. Allí, cada

día la familia me hablará de sus necesidades, de sus trabajos, de sus penas, de sus sufrimientos, de sus deseos y también de sus alegrías, ya que un Padre debe saber todo lo que concierne a sus hijos. Ciertamente ya lo sé de antemano, porque siempre estoy ahí; pero me gusta tanto la simplicidad. Yo sé abajarme a vuestra condición. Me hago pequeño con los pequeños; mediano con los de mediana edad; me hago semejante a los ancianos, para que todos entiendan lo que quiero decirles para su santificación y para mi gloria.

¿No tenéis la prueba de lo que acabo de decirlos en mi Hijo, quien se hizo pequeño y débil como vosotros? ¿No tenéis aquí otra prueba, ahora que me veis hablando con vosotros? ¿No he escogido una pobre creatura como vosotros para daros a entender lo que quiero decirlos? ¿Acaso no me hago ahora semejante a vosotros?

Mirad, he puesto mi corona a mis pies y el mundo sobre mi Corazón. He dejado mi gloria en el cielo y he venido aquí, haciéndome todo para todos: pobre con los pobres y rico con los ricos.

Quiero proteger a la juventud, como un tierno padre. ¡Hay tanto mal en el mundo! Esas pobres almas inexperimentadas se dejan seducir por las seducciones del vicio, que poco a poco las arrastran a la ruina total. ¡Oh, vosotros que estáis especialmente necesitados de alguien que os proteja en la vida, para que podáis evitar el mal, venid a mí! ¡Yo soy vuestro Padre, que os ama más de lo que cualquier otra criatura podrá amaros jamás! ¡Refugiaos muy cerca de mí! ¡Confíadme vuestros pensamientos y deseos! Yo os amaré tiernamente. Yo os daré las gracias para el presente y bendeciré vuestro porvenir. Estad seguros de que yo no os olvidaré, quince, veinte, veinticinco o treinta años después de haberos creado. ¡Venid! Veo que estáis muy necesitados de un Padre tierno e infinitamente bueno, como lo soy yo.

Sin detenerme en tantas otras cosas que sería oportuno decir aquí, pero que puedo decirlos posteriormente, quiero hablar ahora en particular a las almas de aquellos que he elegido para mí: a vosotros, sacerdotes y religiosos, los hijos predilectos de mi amor. ¡Tengo grandes planes para vosotros!

AL PAPA

En primer lugar, me dirijo a ti, amado hijo mío, como mi Vicario, para poner en tus manos esta obra que debería ser la primera de todas y que, por el temor que el demonio ha infundido en el hombre, apenas en este tiempo se cumplirá.

¡Oh! Quisiera que comprendieras la extensión de esta obra; su grandeza, su amplitud, su profundidad, su altura... ¡Quisiera que comprendieras los inmensos deseos que tengo para la humanidad presente y futura!

¡Si tan sólo supieras cuánto deseo ser conocido, amado y honrado por los hombres con un culto especial! Desde toda la eternidad y desde la creación del primer hombre llevo en mí este deseo. Se lo he expresado muchas veces a los hombres, especialmente en el Antiguo Testamento. Pero el hombre nunca lo entendió. Ahora, este deseo me hace olvidar todo el pasado, siempre y cuando se cumpla ahora en mis criaturas del mundo entero.

Me rebajo a la más pobre de mis criaturas, considerando su ignorancia, para hablarle y, a través de ella, a todos los hombres, sin que ella esté consciente de la grandeza de la obra que quisiera hacer en medio de ellos.

No puedo hablar con ella de teología, pues no tendría éxito. Ella no lo entendería. He permitido que sea así para poder realizar mi obra a través de la sencillez e inocencia. Pero ahora está en tus manos someter a estudio esta obra y llevarla prontamente a la ejecución.

Para ser conocido, amado y honrado con un culto especial, no pido nada extraordinario. Lo que deseo es sólo esto:

1) Que un día, o al menos un domingo, sea consagrado para honrarme de forma especial bajo el nombre "PADRE DE TODA LA HUMANIDAD". Para esta fiesta, quisiera una Misa y un Oficio propios. No es difícil encontrar los textos apropiados en la Sagrada Escritura. Si preferís rendirme este culto especial un domingo, elijo para ello el primer domingo de agosto; si tomáis un día de la semana, prefiero que sea siempre el 7 de este mismo mes.

2) Que todo el clero se empeñe en el desarrollo de este culto, y, sobre todo, que me den a conocer a los hombres como soy y seré siempre con ellos; es decir, como el más tierno y amoroso de todos los padres.

3) Deseo que me introduzcan en todas las familias, en los hospitales, incluso en los talleres y fábricas, en los cuarteles, en las salas de deliberación de los ministros de las naciones... En fin, dondequiera que se encuentren mis criaturas, aunque fuese una sola. Que el signo visible de mi presencia invisible sea una imagen, mostrando que realmente estoy presente. Así, todos los hombres desarrollarán sus actividades bajo la mirada de su Padre, y yo mismo también tendré mi mirada puesta en la criatura que, después de haberla creado, he adoptado como hija. Así, todos mis hijos estarán bajo la mirada de su tierno Padre. Indudablemente también ahora estoy en todas partes; pero quisiera ser representado de forma visible.

4) Que, a lo largo del año, el clero y los fieles adopten algunas prácticas de piedad en mi honor, sin descuidar sus ocupaciones ordinarias.

Que mis sacerdotes se dirijan sin temor a todas partes, a todas las naciones, llevando a los hombres la llama de mi amor paternal. Entonces, las almas serán iluminadas y conquistadas; no solamente de entre los infieles, sino también de todas las sectas que no hacen parte de la verdadera Iglesia.

Sí, que estos hombres, que son también hijos míos, vean brillar esta llama ante ellos; que conozcan la verdad, que la abracen y practiquen todas las virtudes cristianas.

5) Quisiera ser honrado especialmente en los seminarios, noviciados, escuelas e internados. Que todos, desde el más pequeño hasta el más grande, puedan conocerme y amarme como su Padre, Creador y Salvador.

6) Que los sacerdotes se dediquen a buscar en las Sagradas Escrituras aquello que he dicho en el pasado y que ha permanecido desconocido hasta ahora, en relación con el culto que deseo recibir de los hombres. Que trabajen también en transmitir mis deseos y mi voluntad a todos los fieles y a todos los hombres, especificando aquello que diré para todos los hombres en general, y para los sacerdotes y religiosos en particular. Estos últimos son las almas que elijo para rendirme honores especiales, más que los hombres en el mundo.

¡Ciertamente tomará tiempo hasta llegar a la plena realización de estos deseos que he concebido para la humanidad y que te he dado a conocer! Pero un día, gracias a las oraciones y sacrificios de aquellas almas generosas que se entregarán a esta obra de mi amor, mi deseo se habrá cumplido y estaré complacido. Te bendeciré, hijo mío amado, y te recompensaré al ciento por uno todo lo que hayas hecho para mi gloria.

AL OBISPO

También a ti, hijo mío Alejandro, quiero decirte unas palabras, para que mis deseos se realicen en el mundo.

Es necesario que tú, junto con el padre espiritual de la “plantita” de mi Hijo Jesús, seáis los promotores de esta obra; es decir, de este culto especial que espero recibir de los hombres. Es a vosotros, hijos míos, a quienes confío esta obra y su porvenir tan importante.

Hablad sobre aquello que diré, insistid y pregonadlo, para que yo sea conocido, amado y honrado por todas mis criaturas. Entonces habréis hecho lo que espero de vosotros; es decir, mi Voluntad; y habréis cumplido los deseos que desde hace mucho tiempo he guardado en silencio.

De todo lo que vosotros hagáis por mi glorificación, yo haré el doble por vuestra salvación y santificación. Finalmente, será en el cielo y sólo ahí donde veréis la gran recompensa que os daré, en particular a vosotros y a todos aquellos que trabajen por este mismo objetivo.

He creado al hombre para mí, y es justo que yo sea todo para el hombre. El hombre no saboreará las verdaderas alegrías fuera de su Padre y Creador, pues su corazón está hecho sólo para mí. También por mi parte, el amor a mis criaturas es tan grande, que no experimento ninguna alegría como la de estar en medio de los hombres. Mi gloria en el cielo es infinitamente grande; pero es mayor aún cuando me encuentro entre mis hijos: los hombres del mundo entero.

Vuestro cielo, criaturas Mías, está en el Paraíso, con mis elegidos, porque será ahí, en el cielo, donde me contemplaréis en una visión perenne y gozaréis de una gloria eterna. Mi cielo, en cambio, está en la tierra con todos vosotros, oh hombres. Sí, es en la tierra y en vuestras almas donde busco mi felicidad y mi alegría. Vosotros podéis darme esta alegría; e incluso es un deber para con vuestro Creador y Padre, que desea y espera esto de vosotros.

Mi alegría al estar entre vosotros no es menor a la que experimentaba cuando estaba junto a mi Hijo Jesús durante su vida terrenal. Fui yo quien envié a mi Hijo. Él fue concebido por obra de mi Espíritu Santo, que también soy yo. En pocas palabras, era siempre yo.

A vosotros, criaturas mías, a quienes amo como a mi Hijo Jesús –y Él y yo somos uno–, os digo como a Él: Vosotros sois mis hijos amados, en quienes pongo mis complacencias. Es por eso que me deleito en vuestra compañía y deseo permanecer con vosotros. Mi presencia entre vosotros es como el sol en el mundo. Si estáis bien dispuestos a recibirme, vendré muy cerca a vosotros, entraré en vosotros, os iluminaré, os calentaré con mi amor infinito.

En cuanto a vosotros, almas que estáis en estado de pecado o que ignoráis la verdad religiosa: yo no podré entrar en vosotros, pero seguiré cerca de vosotros, porque jamás dejo de llamaros, de invitaros a desear recibir los bienes que os traigo, de modo que veáis la luz y seáis sanados del pecado.

A veces os miro con compasión, por la infeliz condición en que os encontráis; a veces os miro con amor, para disponeros a que os dejéis atraer por la gracia. A veces paso días e incluso años cerca de ciertas almas, para poder asegurarles la felicidad eterna. Ellas no saben que estoy ahí, esperándolas, que las llamo a cada instante del día... Sin embargo, yo no me canso nunca, y sigue siendo mi alegría permanecer cerca de vosotros, siempre con la esperanza de que un día volváis a vuestro Padre y que, al menos antes de morir, me dediquéis algunos actos de amor.

He aquí un ejemplo: Es un alma que está a punto de morir... Esta alma ha sido siempre para mí como el hijo pródigo.

Yo la colmaba de bienes; pero ella los despilfarraba, así como también todos esos dones gratuitos de su amantísimo Padre. Además, me ofendía gravemente. Yo la esperaba, la seguía a todas partes, le concedía nuevos favores, como la salud y los bienes que le permitía ganar como fruto de su trabajo, hasta el punto de que tenía incluso en sobreabundancia. A veces, mi Providencia le proporcionaba nuevos favores. Así, ella vivía en abundancia; pero sólo veía a través de la triste penumbra de sus vicios. Toda su vida fue un conjunto de errores, a causa del pecado mortal habitual.

Pero mi amor jamás se dio por vencido. Continuaba siguiéndola; la amaba y, a pesar de sus rechazos, yo estaba contento de vivir pacientemente cerca de ella, con la esperanza de que quizá un día escuchase mi amor y volviese a mí, su Padre y Salvador.

Finalmente, se acerca su último día... Le envió una enfermedad para que pueda estar recogida y regrese a mí, su Padre. Pero el tiempo pasa, y he aquí a mi pobre hijo, a los 74 años de edad, en su última hora. Como siempre, yo sigo ahí, y le hablo con más

bondad que nunca. Insisto, llamo a mis elegidos para que recen por él, para que pida el perdón que le ofrezco. En ese instante, antes de expirar, abre sus ojos, reconoce sus errores y lo mucho que se ha desviado del verdadero camino que conduce a mí. Vuelve en sí, y entonces, con voz débil, que nadie a su alrededor logra escuchar, me dice:

“¡Oh, Dios mío! Ahora veo cuán grande ha sido tu amor por mí, y yo te he ofendido constantemente con una vida tan mala. Nunca pensé en ti, mi Padre y mi Salvador. A ti, que todo lo ves: por todo este mal que ves en mí y que reconozco en mi confusión, ahora te pido perdón y te amo, ¡oh Padre y Salvador mío!”

En ese mismo instante murió, y aquí está ahora, delante de mí. Yo lo juzgo con el amor de un Padre, tal como me llamó. Está salvado. Tendrá que quedarse por un tiempo en el lugar de expiación, y luego será feliz por toda la eternidad. Y yo, que durante su vida me complacía en la esperanza de salvarlo una vez que se arrepintiese, me regocijo ahora aún más con mi corte celestial, porque se ha cumplido mi deseo de ser su Padre por toda la eternidad.

En cuanto a las almas que viven en justicia y en la gracia santificante, mi felicidad está en morar en ellas. Yo me entrego a ellas. Les confío el uso de mi poder, y en mi amor ellas encuentran un anticipo del Paraíso; en mí, su Padre y su Salvador.

2º FASCÍCULO

El segundo fascículo comienza el 12 de agosto de 1932. Un día el demonio lo tomó y rasgó la cubierta con unas tijeras.

Vengo a abrir un manantial de agua viva, que, a partir de ahora y hasta el final de los tiempos, nunca se secará. Es a vosotros, creaturas mías, a quienes vengo a mostrar mis entrañas paternas, apasionadas de amor por vosotros, hijos míos. Quiero que seáis testigos de mi amor infinito y misericordioso. No me basta con haberos mostrado mi amor; quiero abriros, además, mi Corazón, del cual brotará una fuente refrescante que apagará la sed de todos los hombres. Entonces saborearán alegrías que hasta ahora no habían conocido, a causa de ese enorme peso del temor exagerado que tenían de mí, su tierno Padre.

Desde que prometí a los hombres un Salvador, he hecho brotar esta fuente (Nota de Madre Eugenia: Desde que Él me habla de esta fuente, la veo todos los días). La hice pasar a través del Corazón de mi Hijo para que llegue hasta vosotros. Pero mi inmenso amor por vosotros me impulsa a hacer aún más, abriendo mi pecho –del cual manará esta agua de salvación para mis hijos– y permitiéndoles tomar libremente toda la que les sea necesaria, para el tiempo y para la eternidad.

Si queréis experimentar el poder de esta fuente de la que os hablo, primero debéis aprender a conocerme mejor y a amarme tal como yo lo deseo; es decir, no sólo como vuestro Padre sino también como vuestro amigo y confidente.

¿Por qué os sorprende lo que os digo? ¿No os he creado a mi imagen? Os he hecho a mi imagen para que no encontréis nada extraño cuando habléis y os acerquéis a vuestro Padre, vuestro Creador y vuestro Dios, pues por mi bondad misericordiosa os habéis convertido en los hijos de mi amor paternal y divino.

Mi Hijo Jesús está en mí y yo en Él, y es nuestro mutuo amor –que es el Espíritu Santo– el que nos mantiene unidos por este vínculo de caridad, que hace que seamos Uno.

Él, mi Hijo, es el depósito de esta fuente. Así, los hombres pueden siempre acu-

dir a Él y beber de su Corazón, que está lleno del agua de salvación hasta desbordarse. Pero es necesario acercarse a esta fuente que mi Hijo os abre, para que os convenzáis de cuán refrescante y agradable es. Entonces, venid a mí por medio de mi Hijo, y cuando estéis cerca de mí, confiadme vuestros deseos. Yo os mostraré esta fuente dándome a conocer tal como soy. Entonces, vuestra sed será saciada y os refrescaréis, vuestros males serán curados, vuestros miedos se desvanecerán, vuestra alegría será grande y vuestro amor encontrará una seguridad que nunca antes había experimentado.

Pero –me diréis– ¿cómo podemos venir a ti? ¡Oh! ¡Venid por el camino de la confianza, llamadme Padre vuestro, amadme en espíritu y en verdad! Eso bastará para que esta agua refrescante y potentísima sacie vuestra sed.

Pero si realmente queréis que esta agua os dé todo lo que os haga falta para conocerme y amarme, y si os sentís fríos e indiferentes, llamadme simplemente con el dulce nombre de “Padre”, y yo vendré a vosotros. Mi fuente os dará el amor, la confianza y todo lo que os falte para ser siempre amados por vuestro Padre y Creador.

Puesto que yo deseo, sobre todo, darme a conocer a todos vosotros, para que todos podáis gozar de mi bondad y ternura ya aquí en la tierra, convertíos en apóstoles de aquellos que no me conocen todavía, y yo bendeciré vuestros trabajos y esfuerzos, preparándoos una gran gloria cerca de mí en la eternidad.

Yo soy el Océano de la caridad, hijos míos, y aquí tenéis otra prueba del amor paternal que tengo por todos vosotros, sin excepción alguna, cualquiera que sea vuestra edad, vuestro estado social, vuestro país... No excluyo a las diversas sociedades o sectas, ni fieles o infieles, ni creyentes o indiferentes... Mi amor abarca a todas las criaturas racionales, cuyo conjunto constituye la humanidad.

Aquí está la prueba: yo soy el Océano de la caridad. Os he hecho conocer la fuente que mana de mi pecho para apagar vuestra sed. Y ahora, para que experimentéis cuán bueno soy con todos, voy a mostraros el Océano de mi amor universal, para que os arrojéis en él con ojos cerrados. ¿Por qué? Porque, al sumergirse en este Océano, las almas que se han vuelto como gotas amargas a causa del vicio y los pecados, serán lavadas de su amargura en este baño de misericordia. Saldrán de allí mejores, felices de haber aprendido a ser buenas y llenas de amor. Si vosotros mismos, por ignorancia o por debilidad, recaéis en el estado de una gota amarga, yo sigo siendo un Océano de amor, dispuesto a recibir esta gota amarga, para transformarla en

caridad y en bondad, y para hacer de vosotros santos, como lo soy yo, vuestro Padre.

Hijos míos, ¿queréis pasar vuestra vida en la tierra en paz y alegría? ¡Venid y arrojaos en este inmenso Océano y permaneced siempre allí, aun en medio de vuestros trabajos, y toda vuestra vida será santificada por la caridad!

En cuanto a mis hijos que no están en la verdad, con más razón quiero cubrirlos con mis mayores predilecciones paternas, para que abran los ojos a la luz que, en este tiempo, resplandece más notablemente que nunca.

¡Éste es el tiempo de gracia previsto y esperado desde toda la eternidad! Yo estoy aquí en persona para hablaros; yo vengo como el más tierno y amoroso de los Padres. Yo me abajo, me olvido de mí mismo para elevaros a mí y aseguraros vuestra salvación. Todos vosotros que vivís hoy, y también los que aún estáis en la nada, pero que viviréis de siglo en siglo hasta el fin del mundo: pensad que no vivís solos; sino que un Padre que está por encima de todos los padres vive cerca de vosotros; más aún, vive en vosotros, piensa en vosotros y os invita a participar de los incomprensibles privilegios de amor. Acercaos a la fuente que brotará sin cesar de mi pecho paternal. Saboread la dulzura de esta agua salútfera, y cuando hayáis experimentado su deleitable poder sobre vuestras almas, capaz de satisfacer todas vuestras necesidades, venid y sumergíos en el Océano de mi caridad, para no vivir más que en mí y morir a vosotros mismos; para vivir eternamente en mí.

NOTA DE SOR EUGENIA: En un coloquio íntimo, nuestro Padre me dijo: “La fuente es el símbolo de mi conocimiento, y el Océano es símbolo de mi caridad y de vuestra confianza. Cuando queráis beber de esta fuente, procurad conocerme, y cuando me conozcáis, arrojaos al Océano de mi caridad, confiando en mí con una confianza que os transforma y a la cual no podré resistir. Entonces yo perdonaré vuestras faltas y os colmaré de las mayores gracias.”

Yo estoy entre vosotros. Dichosos los que crean esta verdad y aprovechen este tiempo, sobre el cual las Escrituras han hablado diciendo que vendrá un tiempo en el que Dios será honrado y amado por los hombres como Él lo desea.

Las Escrituras plantean entonces la pregunta: “¿Por qué?”, y ellas mismas responden: “¡Porque sólo Él es digno del honor, del amor y de la alabanza por siempre!”

Como primero de los Diez Mandamientos, yo di a Moisés este mandato para comunicárselo a los hombres: “Amad y adorad a Dios.”

Los hombres que ya son cristianos podrán decirme: “Nosotros Te amamos desde que vinimos al mundo o desde nuestra conversión, porque a menudo decimos en la oración dominical: ‘Padre Nuestro, que estás en el cielo’.” Sí, hijos míos, es verdad que me amáis y me honráis cuando decís la primera invocación del Padre Nuestro. Pero continuad con las otras peticiones y veréis: “Santificado sea Tu Nombre.” ¿Mi Nombre es santificado? Continuat: “Venga Tu Reino” ¿Ha llegado ya mi Reino?

Es cierto que honráis con todo el fervor el Reinado de mi Hijo Jesús, y en Él me honráis a mí. Pero, ¿le negaríais a vuestro Padre la gran gloria de proclamarlo “Rey”, o por lo menos la de hacerme reinar para que todos los hombres me conozcan y me amen?

Deseo que sigáis celebrando esta Fiesta del Reinado de mi Hijo, en reparación por los insultos que Él recibió ante Pilato y también de parte de los soldados que flagelaron santa e inocente humanidad. No quiero que suspendáis esta Fiesta; sino, por el contrario, que se la celebre con entusiasmo y fervor. Pero, para que todos puedan conocer verdaderamente a este Rey, es necesario conocer también Reino.

Ahora bien, para llegar a este doble conocimiento de manera perfecta, hace falta, además, conocer al Padre de este Rey, al Creador de este Reino.

En verdad, hijos míos: la Iglesia –aquella sociedad que yo he hecho fundar por mi Hijo– completará mi obra haciendo que sea honrado Aquél que es autor: vuestro Padre y vuestro Creador. Algunos de vosotros, hijos míos, podríais decirme: “La Iglesia ha crecido incesantemente; los cristianos son cada vez más numerosos. Esto es prueba suficiente de que nuestra Iglesia ha alcanzado su plenitud.” Sabed, hijos míos, que vuestro Padre ha velado por la Iglesia desde su origen, y que, junto con mi Hijo y el Espíritu Santo, he querido que fuese infalible, a través de mi Vicario, el Santo Padre. Sin embargo, ¿no es cierto que los cristianos practicarían con más fuerza y sinceridad esta santa religión si me conocieran como soy en verdad; es decir, como el Padre tierno y misericordioso, bueno y generoso?

Hijos míos, ¿no es cierto que, si supierais que tenéis un Padre que piensa en vosotros y que os ama con un amor infinito, os esforzaríais por ser recíprocos a este amor, siendo más fieles a vuestros deberes como cristianos e incluso como ciudadanos, para ser justos para con Dios y con los hombres?

¿No es cierto que me amaríais entrañable y tiernamente como hijos, si conocierais a este Padre que os ama a todos sin excepción y que os llama a todos por igual con el hermoso nombre de “hijos”? ¿Acaso entonces este amor que me ofreceríais no se

convertiría, bajo mi impulso, en un amor activo, que se extendería al resto de la humanidad, que aún no conoce esta comunidad de los cristianos ni mucho menos a Aquél que los creó y que es su Padre?

Si alguien les hablaría a todas aquellas almas abandonadas a sus supersticiones, o a tantas otras que invocan a Dios porque saben que existo, pero sin saber que estoy cerca de ellas; si les diría que el Creador es también su Padre, que piensa en ellas y las cuida, que las rodea con un afecto entrañable en medio de tanto dolor y abandono, lograría la conversión incluso de los más obstinados, y estas conversiones, además de ser más numerosas, serían también más sólidas; es decir, perseverantes.

Algunos, cuando examinen la “obra de amor” que vengo a realizar entre los hombres, pondrán aquí una objeción y dirán: “Pero los misioneros, desde que llegaron a aquellos países lejanos, no hablan a los incrédulos más que de Dios, de su bondad, de su misericordia... ¿Qué más podrían decirles sobre Dios, si hablan de Él todo el tiempo?”

Los misioneros han hablado y siguen hablando de Dios en la medida en que ellos mismos me conocen, pero os digo nuevamente que no me conocéis como soy. Por eso vengo a proclamarme como el Padre de todos los hombres, el más tierno de los Padres; y a corregir el amor que me ofrecéis, que está distorsionado por el miedo. Vengo a hacerme semejante a mis criaturas, para corregir la idea que tenéis de un Dios terriblemente justo. Veo a los hombres pasar su vida sin confiarse a su único Padre, que quisiera darles a conocer único deseo de aligerarles el trayecto de su vida terrenal, para luego concederles en el cielo una vida plenamente divina.

Ésta es la prueba de que las almas no me conocen, en la medida en que predomina en ellas una falsa imagen que tienen de mí. Pero ahora que yo os doy esta luz, permaneced en esta luz y portadla a todos. Será un poderoso medio para alcanzar conversiones e incluso –de ser posible– cerrar las puertas del infierno; porque renuevo aquí mi promesa que jamás dejará de cumplirse:

“Todos los que me llamen con el nombre de ‘PADRE’, aunque fuese una sola vez, no perecerán; sino que les será asegurada la vida eterna en comunión con los elegidos.”

Y a vosotros, que trabajáis para mi gloria y tratáis de hacerme conocer, honrar y amar, os aseguro que vuestra recompensa será grande, porque yo tendré en cuenta todo, hasta el más mínimo esfuerzo que hagáis, y os recompensaré todo al ciento por uno en la eternidad.

Ya os lo he dicho: es necesario que la Santa Iglesia complete el culto honrando de manera muy especial al Autor de esta institución; así como a Aquél que vino a fundarla y a Aquél que es su alma; el Dios en tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Mientras las tres Personas no sean honradas con un culto particular dentro de la Iglesia y en la humanidad entera, algo faltará en esta Comunidad. Ya he hecho sentir esta carencia a algunas almas, pero la mayoría, demasiado tímidas, no han respondido a mi llamado. Otras han tenido el valor de hablar a la persona indicada; pero, ante su fracaso, no insistieron más.

¡Ahora ha llegado mi hora! Yo mismo vengo a dar a conocer a los hombres –mis hijos– lo que hasta ahora no habían comprendido del todo. Yo mismo vengo a traer el fuego ardiente de la Ley del amor, para así derretir y destruir la enorme capa de hielo que envuelve a la humanidad.

¡Oh, amada humanidad! ¡Oh hombres, que sois todos hijos míos! ¡Liberaos, liberaos de las ataduras con que el diablo os ha encadenado hasta hoy, a causa del temor ante un Padre que es sólo amor! ¡Venid, acercaos: todos tenéis derecho a acercaros a vuestro Padre! ¡Ensanchad vuestro corazón; rezad a mi Hijo, para que os dé a conocer cada vez más mi bondad hacia vosotros!

¡Oh, vosotros, que sois cautivos de supersticiones y leyes diabólicas, salid de esta esclavitud tiránica y venid a la verdad de las verdades! Reconoced a Aquél que os ha creado y que es vuestro Padre. No pretendáis usar vuestros derechos rindiendo adoración y homenaje a aquellos que hasta ahora os han hecho llevar una vida sin sentido. ¡Venid a mí! ¡Yo os espero, porque todos vosotros sois hijos míos!

Y vosotros, que estáis en la verdadera luz, decidles cuán dulce es vivir en la verdad. Decidles también a los cristianos, a estas queridas criaturas e hijos míos, cuán dulce es pensar que hay un Padre que todo lo ve, que todo lo sabe, que todo lo provee, que es infinitamente bueno, que sabe perdonar fácilmente, que castiga sólo a pesar suyo y con vacilación.

Decidles, finalmente, que no los abandonaré en las penas de la vida, solos y sin méritos. ¡Que vengan a mí! Yo les ayudaré, aligeraré su carga, suavizaré su vida tan dura y los embriagaré con mi amor de Padre, para hacerlos felices en el tiempo y en la eternidad.

Y vosotros, hijos míos que habéis perdido la fe y vivís en tinieblas: alzad vuestros ojos

y veréis los rayos de luz que vienen a iluminaros.

Yo soy el Sol que ilumina, que calienta y que os abriga. Mirad y reconoced que yo soy vuestro Creador, vuestro Padre, vuestro único Dios. Y porque os amo, vengo a dejarme amar por vosotros, para que todos os salvéis.

Me dirijo a todos los hombres del mundo entero, haciendo resonar este llamado de mi amor paternal. Este amor infinito que pretendo daros a conocer es una realidad permanente. Por tanto, amad, amad, amad siempre, pero haced que también este Padre sea amado, para que, a partir de hoy, pueda mostrarme a todos como el Padre que más apasionadamente os ama.

Y a vosotros, hijos míos amados, sacerdotes y religiosos, os encomiendo dar a conocer este amor paternal que tengo hacia todos los hombres y hacia vosotros en particular. Vosotros debéis trabajar para que mi Voluntad se cumpla en los hombres y en vosotros. Y esta Voluntad consiste en que yo sea conocido, honrado y amado. ¡No dejéis mi amor por tanto tiempo sin respuesta, pues estoy sediento de ser amado!

Éste es el siglo privilegiado de entre todos. ¡No dejéis pasar este privilegio; no sea que os sea quitado! Las almas necesitan ser tocadas con ciertas caricias divinas y el tiempo apremia. ¡No temáis nada! ¡Yo soy vuestro Padre! Yo os ayudaré en vuestros esfuerzos y en vuestro trabajo; yo os sostendré siempre y os haré gustar ya aquí en la tierra la paz y la alegría en el alma, haciendo que vuestro ministerio y las obras de vuestro fervor produzcan fruto. Éste es un don inestimable, pues el alma que está en paz y alegría, goza ya un anticipo del cielo, mientras espera la recompensa eterna.

A mi Vicario, el Sumo Pontífice, mi Representante en la tierra, le he dado un interés particular por el apostolado de las misiones en los países lejanos, y, sobre todo, un gran celo por difundir a nivel mundial la devoción al Sagrado Corazón de mi Hijo Jesús. Ahora, le confío la obra que este mismo Jesús vino a realizar en la tierra: glorificarme, dándome a conocer como yo soy, así como yo mismo me estoy comunicando aquí a todos los hombres, mis criaturas y mis hijos.

Si los hombres pudieran penetrar en el Corazón de Jesús, con todos sus deseos y su gloria, verían que su más ardiente deseo consiste en glorificar al Padre, a Aquél que lo envió. Entenderían que, ante todo, desea no dejarle una gloria reducida, como se ha hecho hasta ahora; sino darle la gloria a plenitud, tal como el hombre puede y debe rendírmela a mí, como su Padre y Creador, y, más aún, como el Autor de su Redención.

Solamente pido del hombre algo que él puede darme: su confianza, su amor y su gratitud. No es que desee ser conocido, honrado y amado porque estuviese necesitado de mi criatura o de su adoración. ¡No! Es sólo porque deseo salvarla y hacerla partícipe de mi gloria que me rebajo a ella. Mi bondad y mi amor me hacen ver que aquellos seres que he sacado de la nada y que he adoptado como verdaderos hijos, están a punto de precipitarse en gran número a la eterna desgracia con los demonios, fallando así al propósito de su creación y perdiéndose para el tiempo y para la eternidad.

Si hay algo que deseo, particularmente en este tiempo, es el aumento del fervor en los justos. Esto traería consigo una gran facilidad para la conversión de los pecadores; una conversión sincera y perseverante; el retorno de los hijos pródigos a la Casa del Padre, especialmente de los judíos y de todos los demás que son también mis criaturas y mis hijos: los cismáticos, herejes, masones, los pobres infieles e impíos, las diversas sectas y sociedades secretas... Oportuna o importunamente, todo el mundo ha de enterarse de que hay un Dios y un Creador. Este Dios, que hablará repetidamente a su ignorancia, es desconocido para ellos. Ni siquiera saben que yo soy su Padre.

Vosotros que me escucháis, creedme cuando leáis estas palabras: si todos los hombres que están lejos de nuestra Iglesia Católica escucharan hablar de este Padre que los ama, que es su Creador y su Dios; de este Padre, que desea darles la vida eterna, entonces una gran parte de ellos, e incluso de los más obstinados, vendrían a este Padre del cual les hablaríais.

Si no podéis ir directamente donde ellos a hablarles así, buscad otros medios: existen miles de maneras directas o indirectas. ¡Implementadlas con espíritu de verdaderos discípulos y con gran fervor! Os prometo que, por mi gracia, vuestros esfuerzos serán pronto recompensados con un gran éxito. ¡Convertíos en apóstoles de mi bondad paternal! Gracias al celo que yo os daré, ejerceréis una fuerte y grande influencia sobre las almas.

Yo estaré siempre cerca de vosotros y en vosotros: si estáis entre dos hablando, yo permaneceré junto a vosotros; si sois más numerosos, estaré en medio vuestro. Así diréis lo que yo os inspire, y en vuestros oyentes pondré la disposición para acoger lo que les anunciéis. De esta forma los hombres serán conquistados por el amor y salvados para toda la eternidad.

En cuanto a los medios para honrarme como yo lo deseo, no os pido más que una



gran confianza. No creáis que espero de vosotros grandes austeridades y mortificaciones; que andéis descalzos o postréis vuestro rostro en el polvo y os cubráis de ceniza, etc... ¡No, no! Lo que deseo y me complace es que tengáis una actitud de verdaderos hijos, sencillos y confiados frente a mí.

Yo seré todo para todos, como el más tierno y amoroso Padre. Me haré cercano a todos vosotros, me donaré a todos, me haré pequeño para haceros grandes en la eternidad.

La mayor parte de los incrédulos, los impíos y las diversas sociedades permanecen en su maldad e incredulidad porque creen que yo les pido imposibles. Piensan que tienen que someterse a mis órdenes como esclavos bajo un tirano, que permanece envuelto en su poder y, por su orgullo, se mantiene alejado de sus súbditos, para obligarlos al respeto y a la sumisión. ¡No, no, hijos míos! Yo sé hacerme mil veces más pequeño de lo que creéis.

Pero lo que sí exijo de vosotros es la fiel observancia de mis mandamientos que he dado a mi Iglesia, para que seáis criaturas racionales y no os asemejéis a los animales por vuestra indisciplina y vuestras malas inclinaciones; y, finalmente, para que podáis conservar ese tesoro que es vuestra alma, que os concedí revestida de la belleza divina a plenitud.

Entonces, haced en adelante lo que yo deseo, honrándome con un culto especial, tal como ya os lo he dicho. Que esto os haga comprender que quiero daros mucho y haceros participar en gran medida de mi poder y de mi gloria. Quiero haceros felices y salvaros, y manifestaros mi único deseo de amaros y ser amado por vosotros a cambio.

Si me amáis con un amor filial y confiado, tendréis también un respeto lleno de amor y reverencia hacia mi Iglesia y sus representantes. No será un respeto como el que ahora tenéis, que os mantiene distanciados de mí porque os doy miedo. Este falso respeto que ahora tenéis es una injusticia frente a la Justicia; es una herida en la parte más sensible de mi Corazón; es un olvido, un desprecio a mi amor paternal por vosotros.

Lo que más me entristecía de mi Pueblo Israel, y lo que sigue entristeciéndome de la humanidad actual es este respeto mal entendido frente a mí. Efectivamente, el enemigo del género humano se ha valido de esta astucia para hacer caer a los hombres en la idolatría y en los cismas. Sigue sirviéndose de ella y la usará una y otra

vez en contra vuestra, para alejaros de la verdad, de la Iglesia y de mí. ¡Oh! ¡No os dejéis arrastrar más por el enemigo! ¡Creed en la verdad que se os acaba de manifestar y caminad a la luz de esta verdad!

Vosotros, hijos míos, que os encontráis fuera de la Iglesia Católica, sabed que no estáis excluidos de mi amor paternal. Os dirijo un tierno llamado, pues también vosotros sois hijos míos. Si hasta ahora habéis vivido en las trampas que el diablo os ha tendido, reconoced que os ha engañado. ¡Venid a mí, vuestro Padre, y yo os recibiré con amor y alegría!

También vosotros, que no conocéis otra religión que aquella en la que nacisteis y que no es la religión verdadera, abrid los ojos: ¡Aquí está vuestro Padre; Aquél que os creó y quiere salvaros! Yo vengo a vosotros para traeros la verdad y, con ella, la salvación. Veo que no me conocéis, y que ignoráis que no deseo nada más de vosotros que ser reconocido como vuestro Padre, Creador y Salvador. Debido a este desconocimiento no podéis amarme. Por tanto, sabed que no estoy tan lejos de vosotros como creéis.

¿Cómo podría abandonaros, después de haberos creado por amor y adoptado como hijos? yo os sigo a todas partes; os protejo en todo, para que reconozcáis mi gran generosidad para con vosotros. Sin embargo, a menudo olvidáis mis infinitas bondades, y este olvido os hace decir: “Es la naturaleza la que nos provee todo, la que nos hace vivir y morir.”

¡Éste es el tiempo de la gracia y de la luz! ¡Reconoced, por tanto, que yo soy el único Dios verdadero!

Para daros la verdadera felicidad en esta vida y en la otra, deseo que hagáis aquello que os propongo en esta luz... El tiempo es propicio; no dejéis escapar el amor que se ofrece a vuestro corazón de forma tan palpable.

A todos os pido que, como medio para ello, aprovechéis la Santa Misa y participéis en ella conforme a la liturgia. ¡Esto me es muy grato! Después, con el tiempo, os enseñaré otras pequeñas oraciones; pero no quiero sobrecargaros. Lo esencial será que me honréis tal como os lo he dicho, instaurando una Fiesta en mi honor y sirviéndome en la sencillez de los verdaderos hijos de Dios; a mí, vuestro Padre, Creador y el Salvador de la humanidad.

He aquí otro testimonio de mi amor paternal por los hombres... Hijos míos, no os describiré toda la magnitud de mi infinito amor, porque basta con abrir los Libros Sagrados, contemplar el Crucifijo, el Sagrario y el Santísimo Sacramento, para poder

comprender hasta qué punto os he amado.

Sin embargo, para haceros comprender cuán necesario es que se cumpla mi Voluntad para con vosotros y así yo sea mejor conocido y amado, quiero –antes de terminar estas pocas palabras, que no son más que el fundamento de mi obra de amor entre los hombres– indicaros algunas de las innumerables pruebas de mi amor por vosotros...

Mientras el hombre no viva en la verdad, no podrá gustar la verdadera libertad. Vosotros, hijos míos, que os encontráis fuera de la Ley para cuyo cumplimiento os he creado, creéis vivir en felicidad y en paz; pero en el fondo de vuestro corazón sentís que no reina en vosotros verdadera paz ni verdadera alegría, y que no estáis en la verdadera libertad de Aquél que os ha creado y que es vuestro Dios y vuestro Padre.

Pero vosotros, que os encontráis en la verdadera Ley, o, mejor dicho, que prometisteis observar esta Ley que os he dado para aseguraros vuestra salvación: mirad que el vicio os ha seducido al mal. Por vuestra mala conducta os habéis apartado de la Ley. ¿Creéis que sois felices? No. Sentís que vuestro corazón está inquieto. ¿Creéis que, buscando vuestro placer y otros goces terrenales, finalmente se sentirá satisfecho vuestro corazón? ¡No! Permitidme deciros que nunca estaréis en la verdadera libertad ni en la verdadera felicidad, mientras no me reconozcáis como Padre y os sometáis a mi yugo, para ser verdaderos hijos de Dios, vuestro Padre. ¿Por qué? Porque yo os he creado para un solo fin, que consiste en conocerme, amarme y servirme, tal como un niño sencillo y confiado sirve a su Padre.

En otro tiempo, en el Antiguo Testamento, los hombres se comportaban como animales. No conservaban ninguna huella que testificara de su dignidad de hijos de Dios, su Padre. Entonces, para hacerles saber que yo quería elevarlos a la gran dignidad de hijos de Dios, tuve que mostrar una severidad a veces temible. Posteriormente, cuando vi que algunos eran ya lo suficientemente razonables para finalmente comprender que hacía falta marcar diferencias entre ellos y los animales, comencé a colmarlos de bendiciones y a concederles la victoria sobre aquellos que aún no eran capaces de reconocer y preservar su dignidad. Y, dado que su número incrementaba, les envié a mi Hijo, adornado con toda la perfección divina, siendo el Hijo de un Dios perfecto. Fue Él quien vino a trazarles el camino a la perfección. A través de Él os adopté en mi amor infinito como verdaderos hijos, y, desde entonces, ya no os llamo por el simple nombre de ‘criaturas’; sino que os llamo ‘hijos’.

Os he revestido con el verdadero espíritu de la nueva Ley, que no sólo os distingue de

los animales como lo hacía la Antigua Ley; sino que os eleva por encima de los hombres del Antiguo Testamento. Yo os he elevado a todos a la dignidad de hijos de Dios. Sí, sois hijos míos y debéis decirme que yo soy vuestro Padre. ¡Pero también debéis confiar en mí como hijos, pues sin esta confianza jamás obtendréis verdadera libertad!

Os digo todo esto para que reconozcáis que he venido para llevar a cabo esta “obra de amor”, para ayudaros con mi poder a deshaceros de la servidumbre tiránica que tiene cautiva vuestra alma y para haceros gustar la verdadera libertad, de la cual procede la verdadera felicidad. Comparadas con ella, todas las alegrías terrenales no son nada. ¡Elevaos todos a esta dignidad de hijos de Dios! ¡Sabed apreciar vuestra grandeza, y yo seré más que nunca vuestro Padre, el más amoroso y misericordioso de los padres!

He venido a traer la paz con esta “obra de amor”:

- Si alguien me honra y confía en mí, haré descender sobre él un rayo de paz en todas sus adversidades, en todas sus angustias, sufrimientos y aflicciones, sean las que fueren; sobre todo si me invoca y me ama como a su Padre.

- Si las familias me honran y me aman como a su Padre, les daré mi paz y, con ella, mi Providencia.

- Si los obreros, negociantes y artesanos de todo tipo me invocan y me honran, yo les daré mi paz y mi fuerza, y me mostraré como Padre bueno y misericordioso.

- Si en toda comunidad cristiana soy invocado y honrado, yo daré mi paz y me mostraré como Padre amantísimo, y, a través de mi poder, aseguraré la salvación eterna de las almas.

- Si toda la humanidad me invoca y me honra, haré que el espíritu de paz descienda sobre ella como rocío reconfortante.

- Si todas las naciones me invocan y me honran, ya no habrá conflictos ni guerras, porque yo soy el Dios de la paz, y allí donde yo esté, no habrá guerra.

- ¿Queréis obtener la victoria sobre vuestro enemigo? Invocadme y triunfaréis victoriosamente sobre él.

- En fin, vosotros sabéis que todo lo puedo con mi poder. Pues bien, este poder os lo ofrezco a todos vosotros, para que os sirváis de él en el tiempo y en la eternidad. A

toda hora me mostraré como vuestro Padre, siempre y cuando vosotros os mostréis como hijos míos.

¿Qué es lo que deseo alcanzar a través de esta “obra de amor”, si no encontrar corazones que puedan entenderme?

Yo soy la Santidad y la poseo en su perfección y plenitud. A través de mi Espíritu Santo, yo os concedo esta santidad, de la cual soy Autor; y por los méritos de mi Hijo la reestablezco en vuestras almas. Es a través de mi Hijo y del Espíritu Santo que yo vengo a vosotros y en vosotros, y busco en vosotros mi reposo.

Para algunas almas, estas palabras “yo vengo en vosotros” parecerán un misterio; pero no lo son. Porque, después de haber encomendado a mi Hijo que instituyera la Sagrada Eucaristía, yo me propuse entrar en vosotros cada vez que recibierais la Sagrada Hostia. Sin embargo, nada me impide venir a vosotros incluso antes de la recepción de la Eucaristía, puesto que nada es imposible para mí. Pero la recepción de este Sacramento es un suceso fácil de entender, que os explica cómo vengo a vosotros. Cuando estoy en vosotros, os doy directamente cuanto poseo, siempre y cuando me lo pidáis. Por medio de este Sacramento, os unís a mí de forma íntima, y en esta intimidad mi amor se derrama sobre vosotros, adornando vuestra alma con la santidad que poseo. Yo os inundo con mi amor. Entonces, sólo tenéis que pedirme las virtudes y la perfección que necesitáis, y podéis estar seguros de que, en estos momentos en que Dios reposa en el corazón de su criatura, nada os será negado.

Habiendo comprendido cuál es el lugar de mi reposo, ¿no querréis dármele? Yo soy vuestro Padre y vuestro Dios... ¿Os atreveríais a negarme esto? ¡Oh! ¡No me hagáis sufrir por vuestra crueldad frente a un Padre que os pide este único favor!

Antes de terminar este mensaje, quiero expresar un deseo a un cierto número de almas consagradas a mi servicio. Estas almas sois vosotros: sacerdotes, religiosos y religiosas. Vosotros estáis consagrados a mi servicio, ya sea en la contemplación o en las obras de caridad y apostolado. Por mi parte, esta vocación se fundamenta en un privilegio de mi bondad; por la vuestra, en la buena voluntad de ser fieles a ella.

Éste es mi deseo: Vosotros que entendéis más fácilmente lo que espero de la humanidad, dirigidme vuestra oración, para que yo pueda llevar a cabo la obra de mi amor en todas las almas. ¡Vosotros conocéis todas las dificultades que hay que superar para conquistar un alma! Pues bien, he aquí el medio eficaz que os permitirá ganar una gran multitud de almas para mí: este medio es precisamente el de hacerme conocer, amar y honrar por los hombres.

Yo deseo que vosotros seáis los primeros. ¡Qué alegría será para mí entrar en las casas de los sacerdotes, de los religiosos y religiosas! ¡Qué alegría encontrarme como Padre entre los hijos de mi amor! Con vosotros, mis confidentes, hablaré como con amigos. Yo seré para vosotros el más discreto confidente. ¡Yo seré vuestro Todo, y os bastaré para todo! Sobre todo, yo seré el Padre que acoja vuestros deseos, colmándoos con su amor, sus beneficios, su ternura universal!

¡No me neguéis esta alegría que deseo gustar en medio de vosotros! Yo os lo devolveré al ciento por uno, y así como vosotros me honraréis, también yo os honraré, preparándoos una gran gloria en mi Reino.

Yo soy la Luz de las luces. Allí donde ella penetre, habrá vida, pan y felicidad. Esta luz iluminará al peregrino, al escéptico, al ignorante. Os iluminará a todos vosotros, oh hombres que vivís en este mundo lleno de tinieblas y vicios. Si no tuvieseis mi luz, caeríais en el abismo de la muerte eterna.

Finalmente, esta Luz iluminará los caminos que conducen a la verdadera Iglesia Católica, e indicará el sendero a aquellos pobres hijos que aún son víctimas de la superstición.

- Me mostraré como Padre de los que más sufren en la tierra: los pobres leprosos y los que están en condiciones semejantes.
- Me mostraré como Padre de aquellos hombres que se encuentran desamparados y excluidos de cualquier sociedad humana.
- Me mostraré como Padre de los afligidos, de los enfermos y sobre todo de los agonizantes.
- Me mostraré como Padre de las familias, de los huérfanos, de las viudas, de los prisioneros, de los obreros y de la juventud.
- Me mostraré como Padre en todas las necesidades.
- Me mostraré como de los jefes de Estado y como Padre de su nación.
- Y todos vosotros experimentaréis mis beneficios; todos vosotros sentiréis mi protección y todos vosotros veréis mi poder.

Recibid todos mi bendición paternal y divina. Amén.

Especialmente mi hijo y representante. Amén.

Especialmente mi hijo, el obispo. Amén.

Especialmente mi hijo, tu padre espiritual. Amén.

Especialmente mis hijas, tus madres. Amén.

Asimismo toda la congregación de mi amor. Amén.

Y la Iglesia universal y todo el clero. Amén.

Una bendición muy especial para la Iglesia purgante. ¡Amén, amén!